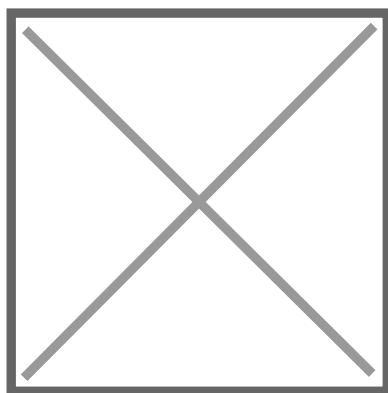




La Gaceta Literaria Año 2 N° 12 Dic. 2005 / ene. 2006 P. 21

Creaciones / Reflexiones

Abogado, periodista y amigo de la Mistral Ezequiel de la Barra

La Gaceta Literaria publica dos artículos, extraídos del libro "Carta de Gabriela a Ezequiel" de Alejandro Jiménez, en los cuales de la Barra, cita o dedica a Gabriela Mistral

El Premio

Parece mentira: le acaban de conceder el Premio Nacional de Literatura a Gabriela Mistral. ¡Cómo va abrir ella los ojos! Vieja, cansada, sombría el ánimo, ya nublados los ojos verdes, va a recibir ella la noticia con temblor y fatiga. Ya no podía creer en este premio ni en ningún otro que le enviaran de su tierra, aunque fuese una medallita envuelta en papel plateado. Había recibido el más alto galardón que en la tierra se concede a las más escogidas inteligencias y a los más preclaros espíritus. De su tierra había recibido un Consulado. No era mucho para su talla y era bien poco para su grandeza de adentro y de afuera. Nada más le habían mandado en respuesta a sus "Recados", que un amigo di octo llamarla barrocos.

Pero, aunque tarde, se ha hecho justicia. Y bien vale volver la vista al Jurado que, por unanimidad, puso en su sitio al más alto valor de nuestra poesía. Ahora, Gabriela volverá a mirar hacia afuera, y se encontrará con sus niños de la escuela. Se vor, limpia y joven, llena de ilusión, enseñando y puliendo pequeños espíritus con su gran espíritu. En la clase, con la mano en la mejilla, se quedaría un momento mirando por la ventana un árbol o una nube, mientras en el nido de la emoción interior se le dormían los "Sonetos de la Muerte". Encima de un cuaderno, donde una mano infantil había escrito sus garabatos, pondría ella, con letra segura, el comienzo de las escríptas que un día la inmortalizarían. Y ella, junto a los niños, seguiría escribiendo, soñando, fando

mundos de la nada, como el Creador de los mundos.

Vino, más tarde, el éxodo eterno, hacia todas las latitudes. Un día, desde Punta Arenas, me envió a decir: "Mi amigo, aquí me tiene envuelta en mi inmensa sábana de nieve...". Después, al septentrión, al oeste, al este, al gran mundo por donde, en vuelo de crisálida, le había ya precedido la fama. Iba y venía por su gran casa de la tierra, grabando la emoción con signos de oro, en las páginas abiertas del mundo. El astro y el niño a atralen con tanta pasión como el dolor y la muerte. Iba y sigue tejiendo la vía láctea de una creación portentosa e infatigable.

¿Qué importancia tenía que no estuviera junto a nosotros y cerca de nuestra diaria miseria? Estaba aquí su espíritu, la verdad de su presencia invisible, la realidad de su sugestión imponderable. Algunos, como otros negaron a Cristo, también la negaron. Pero, terminaron esos por convertir su negación en luz, y hasta en cilrambo. La Mistral, envuelta en su túnica de nítida compasión humana, perdonó y olvidó.

Ahora le enviamos el premio, desde la ribera mapochina hasta las orillas del mar latino. El premio, en que estos pensaban y en el cual ella nunca pensó. ¡Cómo va abrir ella los ojos!

Su propia voz (fragmento)

Los tiempos del gramófono están lejos, pero no tanto que aún no

vivan sobre el haz de la tierra algunos que lo conocieron y ante él se extasiaron. No era aquel aparato la "victrola", que vino después, anunciada profusamente por medio de un simpático perro que escuchaba la voz del amo, con la oreja tendida.

El gramófono primigenio, donde por primera vez se oyó la voz del hombre, era una cosa fantástica. Algunas viejecitas creían que era cosa del demonio.

La voz, los sonidos de los instrumentos, estaban grabados en un cilindro de color chocolate, un cilindro parecido a los puños duros que se usaban entonces.

La voz salía al espacio por medio de una gran cometa de lata, a veces en medio de chillidos espontáneos. Pero era grato oír que de esa materia inerte brotaba el sonido como una catarata de promesas.

Después vinieron varias y grandes transformaciones, hasta llegar a esos grandes muebles de caoba o de nogal, donde los discos planos se cambian solos, y donde la "Parática" se puede oír de un trón, sin moverse de la silla mullida, mientras sorbemos un trago, o varios, del rubio néctar escocés.

Han cambiado los tiempos, aunque no han variado los hombres. El discurso de un político, grabado en una cinta angosta de latón, nos lo podemos oír al bolsillo y oírlo de nuevo, cuando nuestra voluntad flaquea. Un mensaje de amor lo podemos enviar en esa cinta minúscula, por grande o inmenso que ese amor sea.

Nos rodea la voz oculta por todas partes, y nos basta apretar un botón para llegar a escuchar la más grande de las maravillas que el genio ha convertido en armonía. La otra noche oímos con un amigo el concierto para piano y orquesta en do menor de Rachmaninoff, en una suave penumbra. Parecía un sueño. La realidad, a veces, nos parece imposible. Basta en esos momentos cerrar los ojos para sentirnos ojos de la pesadez y de la gravitación de la tierra.

Ezequiel de la Barra [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2006

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ezequiel de la Barra [artículo]

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile